

**JUAN SOLO**  
**LA CABEZA**  
**DE LA SERPIENTE**

*Para Montse*

*Hasta que te conocí no supe cuánto  
te había echado de menos*

SAN PETERSBURGO  
2015

Dimitri Mijaílovich Korovin se resguardó del viento tras una de las esfinges que custodiaban el río Neva, frente a la Academia de Artes, y encendió un cigarrillo. El día había amanecido desapacible sobre San Petersburgo y las nubes de plomo que cubrían el cielo amenazaban con descargar sobre la ciudad. Dio una profunda calada a su Winston, se metió las manos en los bolsillos del chaquetón y esperó. Eran las seis de la mañana y hacía frío. Había elegido aquel lugar porque el muelle siempre estaba transitado, incluso a una hora tan temprana. Aunque en caso de que decidieran librarse de él, eso no supondría ningún obstáculo. Si pudiera volver atrás en el tiempo, haría la maleta y se marcharía muy lejos de allí; al campo, con Tanya.

Un mendigo se le aproximó, tambaleándose, y le pidió una moneda. Decía ser un veterano de la guerra de Afganistán y estaba borracho. Iba envuelto en un raído abrigo marrón y, de manera deliberada, llevaba al descubierto la cuenca del ojo que le faltaba. Provocó el efecto deseado en Dimitri, que apartó la mirada y le dio un par de pitillos a toda prisa.

—Tendrás que conformarte con esto, amigo.

El antiguo soldado se los guardó y continuó con su caminar ebrio en busca de otra limosna.

—Eres un sentimental —dijo una voz áspera a su espalda.

Dimitri se volvió, sobresaltado.

—No le he visto llegar, Grigor.

Su contacto era un hombre muy alto que vestía un grueso abrigo negro con cuello de piel de zorro. Tenía el rostro demacrado y rematado por una espesa barba de chivo.

—Mis amigos están comenzando a impacientarse.

—¡Necesito un poco más de tiempo! —protestó Dimitri.

—El tiempo es un bien escaso.

—Denme solo un par de días más para que pueda asegurarme de que todo funcionará correctamente.

Grigor le tomó del brazo como un águila a su presa.

—Vamos a dar un paseo.

Echaron a andar por el Muelle de las Esfinges en dirección al puente de la Anunciación, conocido de manera oficial como Blagoveshchensky, aunque nadie se refería a él por ese nombre. Los pocos transeúntes que encontraron a su paso caminaban ocupados en sus propios asuntos, ateridos por el frío.

—No fue fácil lograr que mis socios confiaran en ti—se lamentó Grigor—. No cometas el error de decepcionarles. Ni a mí tampoco.

Aquel hombre le provocaba escalofríos. Sus buenos modales y su hablar sosegado ocultaban un corazón tan helado como las aguas del río Neva. Grigor Vasíliev era sigiloso y traicionero como una araña. Perteneía a un pasado tenebroso que muchos creían haber dejado atrás. Quienes pensaban así se equivocaban: que el diablo se mantuviera oculto no significaba que no continuara fichando en la oficina.

—Si detectan la intrusión tomarán medidas para protegerse —explicó Dimitri—. Solo dispondremos de una oportunidad. Ya se lo advertí.

Grigor dejó escapar el aire en un siseo prolongado.

—Tus palabras me suenan huecas. —Se mesó la barba de chivo—. Me estás colocando en una situación comprometida.

—¡De acuerdo! —Dimitri se encogió de hombros—. Si es lo que usted desea lo pondré todo en marcha hoy mismo.

El hombre se detuvo y contempló al joven desde su metro noventa de estatura.

—¿Hoy?

—En teoría no debería de haber problemas.

Vasíliev enarcó sus pobladas cejas, sorprendido.

—¿Seguro?

—¿Está familiarizado con el funcionamiento del *malware*? Son programas maliciosos que usamos para atacar un ordenador o un sistema. Suelen enviarse ocultos dentro de un archivo adjunto a un correo electrónico que el destinatario abre de manera imprudente. La gente no pone atención a la seguridad de sus cuentas personales. Los hay de muy diversos tipos. En este caso he diseñado un virus para que, una vez infectado el sistema, instale una puerta trasera en él.

—Eso no lo entiendo.

—Un acceso a través del cual el *hacker* puede tomar el mando.

—¿Y has establecido una de esas puertas?

—Así es; en el subsistema que controla los cajeros automáticos. Realizan comprobaciones a diario pero, si he hecho bien mi trabajo, pasará inadvertida. Por suerte para nosotros el banco continúa utilizando un sistema operativo que ya quedó obsoleto hace años y presenta muchos fallos de seguridad. Estimo que doce es un número prudente; superar esa cifra sería arriesgado.

—¿Has pirateado doce cajeros?

—Aún no; si usted me da luz verde la orden se ejecutará mañana a medianoche.—Dimitri le entregó una lista con las diferentes ubicaciones—. Que sus socios sitúen a su gente en estos lugares y estén preparados. Al dar las doce de la noche, los cajeros comenzarán a escupir billetes sin cesar durante un minuto.

El hombre contempló la nota.

—¿Qué deberán hacer?

—Nada; limitarse a llevar un saco bien grande y asegurarse de que nadie los vea.

Grígor Vasíliev se guardó el papel en un bolsillo del abrigo.

—Si todo sale según lo planeado, podrás considerar saldada tu deuda conmigo. El próximo encargo ya será en unas condiciones mucho más ventajosas para ti.

Dimitri no tenía ninguna intención de seguir participando en sus negocios.

—Usted dijo que este sería mi último trabajo... ¡Le he pagado con creces lo que le debía!